

El ser moral y crítico vs. el animal *laborans*

Oruam Barboza⁵

Resumen

La escuela de Frankfurt, a través de su representante más conocido, Jürgen Habermas, ha recuperado del legado marxista la crítica a las ideologías como forma de lograr la emancipación del hombre aceptando el presupuesto volitivo de que la emancipación es una necesidad immanente y trascendental a la vez a su condición individual y de especie. Este trabajo coloca a la educación crítica como el camino de esa emancipación, sin descuidar la dimensión instrumental del trabajo y práctica de la vida social. La base de la enseñanza sería la defensa de la vida, de la equidad social y la solidaridad intergeneracional.

Palabras clave: educación moral, trabajo, tecno-ciencia.

Abstract

The Frankfurt school, through its best-known representative Jürgen Habermas, has recovered from the Marxist legacy the critique of ideologies as a way to achieve the emancipation of man, accepting the volitional budget that emancipation is an immanent and transcendental necessity to their condition as an individual and as a species. This paper places critical education as the way of that emancipation, without neglecting the instrumental dimension of social life's work and practice. The basis of teaching would be the defense of life, of social equity and intergenerational solidarity.

Keywords: Moral education, work, techno-science.



Merkaba s

⁵ Profesor de Historia. Licenciado en Sociología. Magíster en Filosofía y Sociedad. Docente efectivo en el Área Sociológica del Consejo de Formación en Educación.



I

Pensadores como Habermas (1990), inspirado en Kant (1997), definieron al mundo de los hombres en tres dimensiones epistémicas: la dimensión técnica del saber instrumental, apto para el mundo del trabajo que está representado por las ciencias naturales, la dimensión social práctica, de claro contenido moral, y la tercera dimensión que Habermas, en una línea más marxista, definió como la emancipadora. Para Kant el hombre autónomo era esencialmente moral y se configuraba por tanto en la segunda dimensión, la práctica.

Esta clasificación clásica de la filosofía moderna nos sirve en cuanto podamos pensar la educación como una actividad que debe preparar a las nuevas generaciones para las tres dimensiones. Claro que esta división es puramente analítica, a efectos de su comprensión y exposición, pero en la vida real todas ellas se dan juntas, mezcladas, a veces más centrada en una que otra, pero normalmente interactuando.

En cuanto a la primera dimensión, es básicamente la preparación para el aprendizaje y el desarrollo del conocimiento de las ciencias naturales, apto para aplicarse al mundo material. Es un conocimiento instrumental, en tanto proporciona al hombre la capacidad de conocer para poder actuar y transformar la naturaleza para su uso. Relativizamos en esta definición con respecto a la biología humana, que no puede entrar en esta clasificación, en la que el uso instrumental está restringido por el objeto –el hombre– y las características de ese saber limitado por las consideraciones de tipo ético. Como después veremos, hay que aceptar también que la defensa de los derechos de la naturaleza asume un papel social y político cada vez más importante, aceptado el principio trascendental por excelencia: el derecho a la vida de quienes habitamos en este planeta necesariamente asociado a la supervivencia de la naturaleza.

En cuanto al saber “práctico”, es decir, básicamente de orden moral, su conocimiento es el que permite la inserción de las nuevas generaciones en el mundo social, adaptándose y respetando las condiciones definidas desde el punto de vista ético y moral por la sociedad de su

tiempo. Esto no significa atar al nuevo ser humano a condiciones de vida estipuladas e invariantes; significa el necesario conocimiento como para sentirse miembro de una sociedad y poder convivir funcionalmente dentro de ella especialmente en lo ético, aunque cada vez con mayores libertades en cuanto a las elecciones morales de vida buena.

Finalmente, la tercera dimensión, referida a la emancipación humana, tiene como referencia inmediata anterior el supuesto volitivo hegeliano de que la historia tiene como fin la búsqueda de la libertad de los hombres a través de la “argucia de la razón” (Hegel, 1980), pero, especialmente, lo propuesto por Marx, como la búsqueda de la igualdad y equidad entre los hombres a través de la lucha de clases, desarrolladas por este autor en su materialismo histórico-dialéctico. Una derivación importante de ese proceso es la crítica a las ideologías, que permite al hombre la emancipación en vista a la liberación definitiva de las cadenas de la explotación. Aunque ambas líneas sean cualitativamente muy diferentes, pues para Hegel el fin (como finalidad) de la historia del hombre es cuando llega a vivir en las condiciones de definición política de la igualdad y libertad, es decir, las repúblicas liberales-burguesas. Para Marx, en cambio, será cuando todos los hombres lleguen a vivir liberados de las limitaciones de las necesidades básicas, en una sociedad justa y equitativa en lo material y solidaria en su trama social.

La escuela crítica de Frankfurt y, especialmente, Habermas, traducen estas elaboraciones de la intención emancipadora del hombre en la historia a través del especial legado marxista. Parece razonable aceptar, mirando el decurso de la historia, que los hombres han ido desarrollando progresivamente, y mediante luchas sociales importantes, las condiciones como para lograr, cada vez más, mejores condiciones de vida, libertad y seguridad, aunque no en situación de igualdad económica entre todos y, tal vez, ni siquiera para la mayoría.

Esto último significa, precisamente, que ese proceso de liberación no ha terminado, pues es la Escuela de Frankfurt la que afirmó que la alienación actual, producto del sistema capitalista de producción y distribución,



mantiene alienada a las grandes masas en el consumismo como forma de consolidar su dominio económico y político en favor de la clase propietaria de los medios de producción.

II

La clave de la educación, en los términos anteriores, es que debe proporcionar elementos y educar en todas esas dimensiones que, como dijimos, están siempre en interacción real. Siguiendo el orden de exposición, debe en primer lugar actualizar, formar e investigar, junto a las nuevas generaciones, en el conocimiento tecnológico y tecno-científico que exige la forma de vida actual y sus trabajos. Es el conocimiento técnico-tecnológico-científico.

Debe, en segundo lugar, generar los conocimientos necesarios sobre los valores y prácticas adecuadas a cada sociedad y en la cual las nuevas generaciones habrán de desarrollar sus vidas. Esta es la función más socializadora que cumple la escuela, como analiza la Sociología de la Educación funcionalista desde Durkheim. Aquí, el saber lo representan las ciencias sociales y las humanidades.

La tercera dimensión, emancipadora, es la formadora del individuo con capacidad de pensar y actuar sin dejarse manipular por las ideologías y prácticas dominantes. Se trata de una idea de vieja tradición en la filosofía alemana: el hombre moralmente autónomo que quería Kant; el hombre políticamente activo, aunque supeditado a la Idea, que quería Hegel; el hombre con conciencia de clase, que quería Marx y, finalmente, el hombre emancipado y crítico de la escuela de Frankfurt. Esta sería la dimensión de la función escolar más asociada al espíritu de la llamada pedagogía crítica, a través de exponentes como Henry Giroux (2004), Carr y Kemis (1988) y Paulo Freire (1970), entre otros.

Lo que es indudable es que la educación debe ser integral, es decir, debe educar en todas estas dimensiones de la vida (la técnica, la social y crítica) ya que, evidentemente, son separables analíticamente pero no en la vida real, de lo contrario, estará fallando en algo.

Hoy en día, solo podemos considerar al ciudadano como un ser integral que pueda moverse cómoda y autónomamente en las tres dimensiones, aunque actualmente la tendencia de la enseñanza en la educación primaria y media (formadora de ciudadanía) sea privilegiar el conocimiento técnico e instrumental, como así también el ético-moral, menospreciando claramente la otra dimensión del conocimiento (el crítico que debería atravesar las otras dos); pero esto no es casual, es una estrategia de consolidación del orden dominante.

En cualquiera de estas tres dimensiones en las que se fracase, el daño será grave. De acuerdo a cual sea su carencia, el individuo podría llegar a ser un ignorante de todo lo que es la tecno-ciencia y, no solo para trabajar con ella, sino para poder, hoy en día, estar comunicado, al igual que poder decodificar y entender a través del ruido informático. Puede devenir en un excluido social y un ser manipulado por las clases dominantes y sus medios de comunicación. Puede, en segundo lugar, transformarse en un ser socialmente inadaptado e, incluso, llegar a vivir al margen de su sociedad (el ser anómico referido por Durkheim); o, finalmente, ser un individualista y egoísta del todo vale, y vivir en una permanente competencia para lograr sus intereses personales (el ser racional del liberalismo y de Weber). Y, lo que es peor, todo eso a la vez.

A su vez, si no desarrolla su capacidad crítica será un ser ideológicamente manipulable por los instrumentos usados habitualmente para hacerlo, o sea, los medios masivos de comunicación. Por último, también debemos preocuparnos por la formación estética-cultural, dimensión fundamental del espíritu humano y que permite al hombre el pleno disfrute de los medios culturales, que también hacen a la vida.

En suma, no se puede enseñar sin entender, sin comprometerse con la responsabilidad social y espiritual que tiene el saber con la humanidad que hay en todos los hombres. El derecho a una vida y a un entorno (la naturaleza) dignos. Se hace fundamental la solidaridad para con las futuras generaciones en cuanto al deber de dejarles un mundo sustentable.



III

Analicemos un poco más las ideas expresadas. Si el ser humano es solamente un ser técnico, será probablemente un desarraigado del mundo social y de los valores que hacen posible la supervivencia y convivencia a nivel local y mundial. Nos referimos, sobre todo, a la gran masa de individuos que viven de un salario (obreros, técnicos, científicos, etc.), pues los grandes propietarios del capital son los beneficiarios del sistema y, por lo tanto, se plantean menos contradicciones morales con el orden puramente técnico dado, que en realidad lucran con él.

El orden técnico-instrumental por sí solo, sin el control moral, puede llevar a manejar la sociedad en función del vínculo entre la tecno-ciencia y los intereses del capital o de los estados hegemónicos. Producirán, por un lado, mercancías para satisfacer el inducido consumismo de las masas, pero igual es la minoría a nivel mundial y, por otro lado, armamentos para el desarrollo del poderío destructivo de los grandes países, que cimientan su hegemonía en la fuerza e, incluso, lo legitimarán.

No podemos pensar que los *mass-media* serán quienes abran los ojos al ciudadano de a pie mostrando los peores males que ocasiona una tecno-ciencia dependiente del capital o del poder militar, pues muchos medios (los más poderosos) son parte de ese sistema. Solo queda, como esperanza posible y alternativa, la educación.

De ahí la importancia de que todos los sistemas educativos, todos los niveles y todos los tipos de educación, se encarguen de educar integralmente al ciudadano en el conocimiento técnico y tecno-científico, como así también del *ethos*¹ de la sociedad en la que vive y de desarrollar personalidades seguras de sí mismas. Pero no alcanza; el ciudadano integral, como parte del camino hacia sociedades más justas, equitativas y solidarias, debe ir más allá, debe buscar el cambio, tener utopías de mundos mejores, más justos. Esta dimensión de lo humano no puede ser aportada por lo técnico científico ni la integración social sin más, como la quieren los liberales y funcionalistas. Es una dimensión que solo puede desarrollarse

sobre la base de la condición innata de la humanidad mediante el compromiso con los principios éticos y morales que la humanidad, y cada comunidad, ha desarrollado en siglos de existencia y que van, como diría Hegel, desde la libertad de uno a la libertad de todos y, como diría Marx, desde la seguridad económica de unos pocos al derecho a una vida digna de todos; del derecho a la vida de unos pocos libres, al derecho a la vida de toda la humanidad; del derecho a explotar la máquina naturaleza, sin respeto ni consideración, al derecho de la naturaleza a ser respetada en su sustentabilidad para beneficio de las generaciones siguientes. Esta visión del mundo socio-natural puede resumirse en un principio de tres patas: la vida para todos, la equidad entre todos y la solidaridad para con todos².

Dijimos en otro lugar: “las actividades del sistema tecnocientífico pueden tener consecuencias intencionales (tecnología militar) o no intencionales (modificaciones genéticas de animales y plantas) que pueden afectar la vida de los ciudadanos a escala planetaria. Por ello la necesidad de que sus actividades sean evaluadas por la sociedad desde una perspectiva ética fundamentalmente, por encima de los intereses económicos del capitalismo globalizado o del poderío militar de los países que luchan por la hegemonía regional o mundial” (Medina, 2015, p. 19).

Es, entonces, absolutamente vital para el futuro de la Humanidad entender la necesidad de educar en aquellos principios. Esta educación debe darse a través de la incorporación de esos principios, en forma transversal, en cada disciplina educativa, y en todos sus niveles. Solo la educación aplicada de los principios éticos y morales hará carne en los niños y jóvenes.

Por ejemplo, y en lo que a nosotros atañe, “[la] investigación y el conocimiento están asociados a intereses político-militares o económicos (el capitalismo); se desarrolla la investigación mayoritariamente en la dirección que disponen los estados (en búsqueda de la hegemonía militar) o las empresas multinacionales (en búsqueda de la ganancia). Ya no se puede defender sin



más la asociación entre ciencia básica y bienestar humano” (Medina, 2015, p. 19).

Enseñar, entonces, no puede hacerse al margen de los principios generales que deben orientar hoy en día la defensa de la vida, la equidad y la solidaridad. Deben enseñarse juntos y al mismo tiempo que se enseñan los contenidos específicos.

IV

Pero existe otra dimensión, no menos importante, que es la referida al trabajo como dimensión trascendental de la humanidad en su proceso civilizatorio. Existe una línea filosófica, a la cual adherimos, que plantea: “la primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza [...]. Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida, paso este que se halla condicionado por su organización corporal. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material”. “Los hombres que desarrollan su producto material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia (...) se parte del mismo individuo real viviente y se considera la conciencia solamente como ‘su conciencia” (*ídem*, p. 16).

Evidentemente, se define que la condición humana está, a su vez, determinada por el trabajo. El trabajo es quien ha permitido, de hecho, el proceso de hominización, o sea, la construcción civilizatoria. Se asocia a aquella vieja idea de Walter Benjamin del pensar haciendo y del hacer pensando, a lo que podríamos agregar que se aprende haciendo y se hace lo aprendido, en un proceso de ida y vuelta. Esto es especialmente válido para los primeros milenios de vida de la humanidad; hoy, en cambio, el desarrollo científico permite el pensar desde otro

pensar y desde ahí el hacer. Existiría, actualmente, una cierta desvinculación entre la práctica técnica y tecnológica y el desarrollo científico; más que nunca es fundamental controlar esas ideas que, despegadas de la realidad concreta pueden, por su ausencia de compromiso con esa realidad, producir artefactos devastadores (recordemos la bomba atómica).

El vínculo del hombre con la naturaleza, por sus características, es propio de nuestra especie y, por lo tanto, la auto-eco-determina. No se hubiera devenido humano sin el trabajo, y no se trabaja si no se es humano. De este vínculo, a través de los siglos, ha derivado todo el proceso de construcción social y cultural. El hombre es primero un ser biológico necesitado y luego, derivado del camino que ha adoptado para poder dar respuesta a esa condición trascendental, se ha transformado en social, político y cultural.

Queremos significar fuertemente este vínculo entre el hombre y el trabajo, porque de esto deriva una consecuencia fundamental: la responsabilidad ética y moral de ser humano para con el trabajo. El proceso de desarrollo social, económico y político ha derivado, en la sociedad capitalista actual, en una relación alienada de la mayoría de los hombres para con el trabajo. Este hecho no permite la construcción de su identidad a través del trabajo, sino que, por efecto de esa alienación, se construye finalmente desde el consumo, tal como denuncia la escuela crítica en ciencias sociales y que, por lo tanto, oculta para el mismo trabajador ese vínculo fundamental. Por este motivo, se vuelve muy significativo que busquemos reconstruir esa relación en sus fundamentos filosóficos y antro-po-sociales, para reencontrar una forma de vida digna e ideológicamente libre para todos. Es como dijo Hannah Arendt: la sociedad moderna, como mera sociedad del trabajo (sin lo crítico y humanístico), aniquila toda posibilidad de acción, degradando al ser humano a animal *laborans*, a meros animales trabajadores.

Por lo dicho en primer lugar, en el proceso de búsqueda debemos plantearnos la necesidad de construir o recuperar una “moral del trabajo”. Si bien mientras estemos en un mundo con las actuales relaciones



sociales de producción, el capitalismo no libera al hombre de la explotación, puede comenzar con una reflexión auto consciente del proceso de desalienación con respecto al mismo. Existe, en este punto, un concepto fundamental: el trabajo, aunque sea dentro de este sistema, en cuanto produce para los demás hombres, debe ser realizado con la mayor dedicación en cuanto a su validez³. Esto significa controlar nuestra actividad, pero también exigir la responsabilidad del Estado y la de los propietarios de los medios de producción para que la actividad productiva se comprometa con la validez del producto que le llega al ciudadano y a las consecuencias de la propia actividad, es decir, de la responsabilidad con el ambiente.

La moral del trabajo tiene entonces tres dimensiones en las que se ejerce: la del propio trabajador y su trabajo, la de la validez del producto, y las consecuencias de la actividad productiva; es, en resumen, el auténtico compromiso social y la solidaridad para con nuestra especie. Si nosotros queremos ser garantes de la vida, de los derechos de nuestros conciudadanos y de la conservación de la naturaleza, debemos, en primer lugar, tener méritos morales propios para exigirlo a los otros. De ahí nuestra responsabilidad moral con nuestro trabajo en primerísimo lugar, tal vez sea la primera forma de romper con la esclavitud a la que somete el sistema al trabajador: construir una identidad que nos potencie como hombres críticos y responsables.

V

Aquellas tres dimensiones –la técnica, la ético-moral y la crítica– dan sentido a la gran tarea de educar jóvenes. Cuando estemos en los centros de enseñanza los jóvenes entrarán a nuestras aulas siendo niños y saldrán como ciudadanos de plenos derechos y es de esperar que con compromiso social a través de la actividad que realicen. La vieja sociología funcionalista solo requería tener las competencias necesarias para el trabajo y la integración a los valores de la ciudadanía moderna.

En última instancia, y refiriéndonos a nosotros, los egresados de formación docente somos profesionales que debemos tener integradas las tres dimensiones, de

forma tal que podamos cumplir con lo que nos corresponde dentro del proceso educativo, consustanciados con los imperativos de orden social y técnico que asumirán la tarea de formar ciudadanos que, además, cumplirán en un marco ético (representado por los Derechos Humanos) las tareas que elijan en el mundo del trabajo.

Referencias bibliográficas

- Carr, W. y Kemis, S. (1988). *Teoría crítica de la enseñanza*. Barcelona: Martínez Roca.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Tierra Nueva.
- Giroux, H. (2004). *Los profesores como intelectuales*. Buenos Aires: Paidós.
- Habermas, J. (1990). *Conocimiento e interés*. Buenos Aires: Taurus.
- Hegel, G. W. F. (1980). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza.
- Kant, I. (1997). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara-Santillana.
- Kant, I. (1980). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Medina, B. et al. (2015). Aportes para la reflexión sobre didáctica técnica. *Revista Convocación* N° 21-22, pp. 8-20.

Notas

- 1 El Diccionario de la RAE (2016) define al *ethos* como el “conjunto de rasgos y modos de comportamiento que conforman el carácter o la identidad de una persona o una comunidad”.
- 2 Agregados a los viejos principios de la burguesía liberal en la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad.
- 3 Preferimos, para evitar posibles contradicciones, este término al de “calidad”.



El fluir del Chi

